

jaban en la alfombra; estaba jadeante. Por fin llegó á la puerta, y haciéndola crugir vigorosamente, dijo:

—Buenas tardes. Tendrá usted noticias mías.

—Adios—dijo Rosanette.

Su violencia la había destrozado. Dejóse caer sobre el diván, toda temblorosa, balbuceando injurias, derramando lágrimas. ¿Era aquella amenaza de la Vatnaz lo que la atormentaba? No. ¡Bastante la importaba! Después de todo, quizás la otra le debiera dinero. Era el borreguillo de oro, un regalo, y en medio de su llanto se le escapó el nombre de Delmar. Luego amaba á aquel botarate.

—Entonces ¿por qué me ha aceptado?—se preguntó Federico.—¿Qué significa eso de que haya vuelto? ¿Quién la obliga á retenerme? ¿Cuál es el sentido de todo esto?

Los pequeños sollozos de Rosanette continuaban; seguía sentada en el borde del diván, echada á un lado, con las mejillas en entrambas manos, y parecía un ser tan delicado, inconsciente y dolorido, que se aproximó á ella y la besó en la frente con dulzura.

Entonces ella le dió mil seguridades de ternura; el príncipe acababa de marcharse y serían libres. Pero en el momento se encontraba... apurada. Tú mismo lo has visto; el otro día, cuando utilizaba mis forros viejos. No más ca-

rruajes ahora. Y no era eso todo; el tapicero amenazaba con llevarse los muebles del cuarto y del gran salon; ella no sabía qué hacer.

Federico tuvo propósito de contestar: «No te inquietes; yo pagaré.» Pero la señora podía mentir. La experiencia le había instruído, y se limitó sencillamente á consolarla.

Los temores de Rosanette no eran vanos; fué preciso entregar los muebles y dejar la bonita habitacion de la calle Drouot. Tomó otra, en el bulevar Poissonnière, piso cuarto. Las curiosidades de su antiguo tocador fueron suficientes para dar á las tres piezas un tipo coquetón. Tuvo estors chinos, una marquesita en la terraza, en el salón un tapiz de lance, todavía nuevo enteramente, con pufs de seda rosa. Federico había contribuído ampliamente á aquellas adquisiciones; experimentaba la alegría de un recién casado que posee por fin una casa suya, una mujer suya; y agradándole aquello mucho, venía á dormir allí casi todas las noches.

Una mañana, al salir de la antesala, apercibió en la escalera hácia el piso tercero el chacó de un guardia nacional que subía. ¿A dónde iba? Federico le esperó. El hombre seguía subiendo con la cabeza un poco baja: levantó los ojos. Era el Sr. Arnoux. La situacion aparecía clara; se ruborizaron al mismo tiempo, igualmente contrariados.

Arnoux encontró primero el medio de salir de él.

—¿Está mejor? ¿no es verdad? Como si Rosanette estuviera enferma y él fuera á buscar noticias.

Federico se aprovechó de aquel expediente.

Sí por cierto; su criada me lo ha dicho al menos; dando á entender que no le habían recibido.

Después permanecieron frente á frente, ambos irresolutos y observándose, pensando cada cuál quién no se iría. Arnoux una vez más resolvió la cuestion.

—¡Ah! Ya volveré más tarde. ¿Dónde quiere usted ir? Le acompaño á usted.

Y cuando estuvieron en la calle, se puso á hablar con la naturalidad de costumbre. Indudablemente ó no tenía el carácter celoso, ó era demasiado bonachon para enfadarse.

Por otra parte la patria le preocupaba. Al presente no abandonaba el uniforme. El 29 de Marzo había defendido las oficinas de *La Presse*. Cuando se aclamó la Cámara, señalóse por su valor, y fué de los del banquete ofrecido á la guardia nacional de Amiens.

Hussonet, siempre de servicio con él, se aprovechaba más que nadie de su fracaso y de sus cigarros; pero irreverente por naturaleza, se complacía en contradecirle, denigrando el

estilo poco correcto de los decretos, las conferencias del Luxemburgo, las vesuvianas, las tirolesas, todo, hasta el carro de la Agricultura, arrastrado por caballos en vez de bueyes y escoltados por jóvenes feas. Arnoux por el contrario, defendía al Poder, y soñaba con la pasión de los partidos. Sin embargo, sus negocios tomaban mal aspecto, inquietándole medianamente.

Las relaciones de Federico y la Mariscala no le habían entristecido, porque aquel descubrimiento le autorizó (en su conciencia) á suprimir la pension que había vuelto á señalarle desde la marcha del príncipe; alegando la dificultad de las circunstancias, gimiendo mucho, y Rosanette fué generosa. Entonces Arnoux se consideró como el amante del corazón; cosa que le elevaba en su propia estimación, rejuveneciéndole. No dudando que Federico pagaría á la Mariscala, se imaginaba «dar una buena broma» llegando hasta á ocultarse, y dejarle el campo libre cuando se encontraban.

Esta comunidad hería á Federico; y las cortesías de su rival le parecían una burla de mal género, demasiado prolongada. Pero enfadándose, se hubiera quitado toda probabilidad de volver á la otra, siendo, además, el único medio de oír hablar de ella. El comerciante de porcelanas, según costumbre, ó, quizás por malicia, la

recordaba gustosamente en su conversación, y hasta le preguntaba por qué no iba ya á verla.

Federico, habiendo agotado todos los pretextos, aseguró que había estado en casa de la señora muchas veces inútilmente. Arnoux quedó convencido de esto, porque frecuentemente se extasiaba delante de ella acerca de la ausencia de su amigo, y ella respondía siempre que no estaba cuando vino á visitarla; de suerte que aquellas dos mentiras, en vez de contrariarse se corroboraban.

La dulzura del joven y la alegría de tenerle por juguete hacían que Arnoux le quisiera más. Llevaba su familiaridad hasta los últimos límites, no por desdén, sino por confianza. Un día le escribió que un negocio urgente le llamaba á provincias, por veinticuatro horas, y le rogaba hiciera la guardia por él. Federico no se atrevió á rehusar, y se presentó en el puesto del Carrousel.

Tuvo que sufrir la sociedad de los guardias nacionales, y salvo un purificador, hombre chistoso que bebía de una manera exorbitante, todos le parecieron más brutos que sus cartucheras. La conversación capital fué acerca de la sustitución de las correas por el cinturón. Otros trinaban contra los talleres nacionales. Decían: «¿A dónde vamos?» El que había recibido el apóstrofe contestaba abriendo los ojos, como al

borde de un abismo: «Esto no puede durar; es preciso concluir.» Y repitiéndose los mismos discursos hasta la noche, Federico se fastidió mortalmente.

Grande fué su sorpresa, cuando á las once, vió aparecer á Arnoux, quien seguidamente dijo que corría á libertarle, estando ya concluido su negocio. Este negocio no había existido; era una invención para pasar veinticuatro horas, solo, con Rosanette. Pero el excelente Arnoux había contado demasiado consigo mismo, de tal suerte que en su laxitud, le entró remordimiento. Vino á dar las gracias á Federico y le invitó á cenar.

—Mil gracias; no tengo hambre, solo deseo mi cama.

—Razón de más para desayunarnos juntos, pronto. ¡Qué blando es usted! Esta no es hora de ir á casa, es demasiado tarde; sería peligroso!

Federico cedió una vez más. Arnoux, á quien no esperaban, fué bien acogido por sus hermanos de armas, principalmente por *el purificador*.

Todos lo amaban; y él era tan buen muchacho que sintió la presencia de Hussonet. Pero tenía necesidad de dormir un minuto, nada más.

—Póngase usted cerca de mí—dijo á Federico— extendiéndose sobre su cama de campaña,

sin quitarse el correaje. Por temor de un alerta, contra reglamento, conservó su fusil; después balbuceó algunas frases: «querida mía, angel mío,» y no tardó en dormirse.

Los que hablaban se callaron; y poco á poco se hizo un gran silencio en el puesto. Federico atormentado por las pulgas, miraba á su alrededor. La pared, pintada de amarillo, tenía á mitad de altura una larga plancha donde los sacos formaban una serie de pequeñas jorobas, mientras debajo, los fusiles color de plomo estaban alineados unos junto á otros. Oíanse ronquidos producidos por los guardias nacionales, cuyos vientres se dibujaban de una manera confusa en la sombra.

Una botella vacía y algunos platos ocupaban la estufa. Tres sillas de paja rodeaban la mesa en que se veía un juego de cartas. De un tambor en el centro del banco colgaban las correas.

El aire caliente entraba por la puerta y hacía que el quinqué diese humo. Arnoux dormía con los brazos abiertos, y como su fusil estaba colocado con la culata hacia abajo un poco oblicuamente, la boca del cañón le llegaba á la axila.

Federico que lo notó se asustó.

—Pero no; no hay cuidado, ni qué temer. Sin embargo si muriese...

Y seguidamente se desarrollaron infinitos cuadros.

Vióse con ella de noche, en una silla de posta; después á la orilla de un río en una tarde de verano, y al reflejo de una lámpara, en su casa.

Hasta se detenía en cálculos de menaje, en disposiciones domésticas, contemplando, palpando ya su dicha; y para realizarla, bastaría solamente que el gatillo del fusil se levantara. Podía tocarle con la punta del pie; el tiro saldría, sería una casualidad y nada más.

Federico se extendió sobre aquella idea, como un dramaturgo que compone. De repente le pareció que no estaba distante de resolverse su acción, y que iba por su parte á contribuir como era su deseo; sobrecogióle un gran miedo.

En medio de aquella angustia, experimentaba un placer, penetrando más y más en él, sintiendo con horror que desaparecían sus escrúpulos; en el furor de su sueño, se borraba el resto del mundo, y no tenía conciencia de sí mismo sino por una intolerable opresión del pecho.

—¿Tomamos las once?—dijo el purificador que se despertaba.

Arnoux se echó al suelo, y tomadas las copas quiso hacer la centinela de Federico.

Después se lo llevó á almorzar calle de Char- tres, casa de Parly; y como necesitaba reponer- se, pidió dos platos de carne, una langosta, una tortilla al ron, una ensalada, etc., todo regado con Sauterne de 1819, sin contar el champagne para los postres y los licores.

Federico no le contrarió. Se hallaba cohibi- do como si el otro hubiera podido descubrir, en su cara, las huellas de su pensamiento.

Con ambos codos sobre el borde de la mesa, y muy inclinado, Arnoux, fatigándole con su mi- rada, le confiaba sus sueños.

Tenía deseo de tomar en arrendamiento to- dos los terraplenes de la línea del Norte para sembrar en ellos patatas, ó bien organizar en los bulevares una cabalgata monstruo, en que figu- raban las «celebridades de la época.» Alquilaría todas las ventanas, que á razón de tres pesetas, término medio, produciría un bonito provecho. En resumen soñaba con un gran golpe de fortu- na por un acaparamiento. Sin embargo era mo- ral, condenaba los excesos, el desarreglo, habla- ba de su «pobre padre,» y todas las noches, de- cía, hacía su examen de conciencia, antes de ofrecer su alma á Dios.

—Un poco de curazao ¿eh?

—Como usted guste.

En cuanto á la República, las cosas se arre- glarían; en fin, que se encontraba el hombre más

feliz de la tierra; y olvidándose, elogió las cua- lidades de Rosanette, y hasta la comparó á su mujer. Era otra cosa, claro. No pueden imagi- narse más bonitas piernas.

—¡A la salud de usted!

Federico bebió. Por complacencia lo había hecho con algún exceso; además le molestaba la luz del sol; y cuando subieron juntos la calle Vivienne se tocaban fraternalmente las hombrea- ras de ambos.

Cuando entró en su casa Federico durmió hasta las siete; en seguida se fué casa de la Ma- riscala. Había salido con alguno; quizás con Arnoux. No sabiendo qué hacer continuó su pa- seo por el bulevar, pero no pudo pasar de la Puerta San Martín: tanta era la gente.

La miseria abandonaba á sí propios á un considerable número de obreros; y venían todas las noches á pasarse revista sin duda y esperar la señal. A pesar de la ley contra los grupos, *aquellos clubs de la desesperación* aumentaban de una manera terrible; y muchos burgueses se re- unían allí cuotidianamente por bravata, por moda.

De repente, Federico vió á tres pasos de distancia al Sr. Dambreuse con Martinon; vol- vió la cabeza porque guardaba rencor al señor Dambreuse que se había hecho nombrar repre- sentante; pero el capitalista le detuvo.

—Una palabra, querido señor. Debo dar á usted explicaciones.

—No las pido.

—Por favor, escúcheme usted.

El no había tenido culpa ninguna. Le habían rogado, obligado en cierto modo. Martinon, seguidamente, apoyó sus palabras; los de Nogent, le habían enviado una diputación.

—Además, he creído hallarme en libertad, desde el momento...

Una avalancha de gente contra la acera hizo al Sr. Dambreuse separarse. Un minuto después, volvió diciendo á Martinon:

—Este es un verdadero servicio. No tendrá usted que arrepentirse.

Los tres se pegaron á una tienda para hablar más á gusto.

De cuándo en cuándo se gritaba: «¡Viva Napoleón!» «¡Viva Barbés!» «¡Abajo Mariel!» La inmensa muchedumbre hablaba muy alto; y todas aquellas voces, que las casas repercutían, hacían un ruido semejante al de las olas de un puerto.

En determinados momentos se callaban; entonces se oía *la Marsellesa*. Bajo las puertas cocheras, algunos hombres de maneras misteriosas ofrecían bastones con estoque. A veces dos individuos pasaban uno delante del otro, se guiñaban el ojo y se alejaban prontamente.

Grupos de majaderos ocupaban las aceras; una muchedumbre compacta se agitaba en el empedrado. Bandas enteras de gentes de policía salían de las callejuelas y desaparecían apenas se dejaban ver. Banderitas de paño rojo, acá y allá llameaban; los cocheros, de lo alto de su asiento, gesticulaban y se volvían. Aquello era un movimiento, un espectáculo de los más singulares.

—Cómo hubiera divertido todo esto—dijo Martinon—á la señorita Cecilia.

—Mi mujer, ya lo sabe usted, no gusta de que mi sobrina, venga con nosotros—contestó sonriendo el Sr. Dambreuse.

No se le hubiera reconocido. Desde hacía tres meses gritaba: «¡Viva la República!» y hasta había votado el destierro de los Orléans. Pero las concesiones debían concluir; y se manifestaba furioso hasta llevar un rompe-cabezas en el bolsillo.

También Martinon tenía uno. No siendo ya inamovible la magistratura se había retirado de Estrados, y sobrepujaba la violencia al señor Dambreuse.

El banquero aborrecía especialmente á Lamartine (por haber sostenido á Ledru-Rollin), y además á Pedro Leroux, Proudhon, Considérant Lamennais, á todos los cerebros calientes, á todos los socialistas.

—Porque en fin, ¿qué quieren? Se ha suprimido el impuesto sobre la carne y el apremio contra la persona; ahora se estudia el proyecto de un Banco hipotecario; el otro día era un Banco nacional; y á todo esto cinco millones de presupuesto para los obreros. Pero felizmente ello se acaba gracias á de Falloux. Buen viaje, que se marchen.

En efecto, no sabiendo cómo alimentar los ciento treinta mil hombres de los talleres nacionales, el ministro de Trabajos Públicos, aquel mismo día había firmado un decreto invitando á todos los ciudadanos de 18 á 20 años á entrar en el servicio como soldados, ó á salir para las provincias para trabajar la tierra.

Aquella alternativa les indignó, persuadidos de que se quería destruir la República. La existencia lejos de la capital les afligía como un destierro; veíanse moribundos por las fiebres, en regiones feroces. Para muchos, además, acostumbrados á trabajos delicados, la agricultura les parecía un envilecimiento; era una añagaza, en fin, una irrisión, la negación formal de todas las promesas. Si resistían se emplearía la fuerza; no dudaban de esto y se disponían á prevenirla.

Hacia las nueve, los grupos formados en la Bastilla y en el Chatelet refuyeron al boulevard.

De la puerta Saint-Denis á la puerta Saint-Martin, constituía aquello una enorme ebullición, una sola masa de azul oscuro, casi negro. Los hombres que se entreveían tenían todos las pupilas ardientes, la tez pálida, fisonomías enflaquecidas por el hambre, exaltados por la injusticia. Sin embargo, las nubes se amontonaban; el cielo tormentoso calentaba la electricidad de la muchedumbre que se arremolinaba sobre sí misma, indecisa, con amplio impulso de oleaje; y se sentía en sus profundidades una fuerza incalculable, y como la energía de un elemento.

Después todos se pusieron á gritar. «¡Faroles! ¡Faroles!» Muchas ventanas no se iluminaban; y arrojaron piedras contra sus cristales.

El Sr. Dambreuse juzgó prudente retirarse. Los dos jóvenes le acompañaron.

Preveía él grandes desastres. El pueblo podía una vez más asaltar la Cámara; y á este propósito, contó cómo habría muerto el 15 de Mayo, sin el sacrificio de un guardia nacional.

—¡Pero se me olvidaba! Era su amigo de usted, el fabricante de porcelanas, Jacobo Arnoux.

Las gentes del motín le ahogaban, aquel bravo ciudadano le había cogido á él en sus brazos y depositado lejos.

Así, desde entonces, se había formado una especie de lazo entre ellos. «Será preciso comer juntos uno de estos días, y puesto que usted le ve con frecuencia, asegúrele que le quiero mucho. Es un hombre excelente, calumniado, según mi opinión, y tiene talento el pícaro. Saludo á usted nuevamente. Buenas noches.

Cuando Federico dejó al Sr. Dambreuse volvió á casa de la Mariscala, y con aire sombrío le dijo que debía optar entre Arnoux y él.

Respondióle con dulzura que no entendía nada de «semejantes gruñidos», no amaba á Arnoux y no tenía que ver con él. Federico estaba sediento de abandonar á París. No rechazó ella aquella fantasía y salieron al día siguiente para Fontainebleau.

El hotel donde se alojaron se distinguía de los demás por un salto de agua instalado en medio de su patio. Las puertas de las habitaciones daban á un corredor, como en los monasterios. La que les facilitaron era grande, bien amueblada, tapizada de indiana, y silenciosa, por falta de viajeros. A lo largo de las casas, paseaban vecinos desocupados; cuando cayó la luz del día, por debajo de sus ventanas jugaron á la barra los chiquillos de la calle; y aquella tranquilidad, sucediéndose al tumulto de París, les causaba sorpresa y tranquilidad.

Por la mañana temprano fueron á visitar el castillo. Como entraron por la verja, vieron su fachada entera, con los cinco pabellones de tejados puntiagudos y su escalera de herradura desplegándose al fondo del patio, que cortan á izquierda y derecha dos cuerpos de edificio más bajos. Los líquenes del piso se mezclan á lo lejos con el tono jaspeado de las baldosas y el conjunto del palacio, eumohecido de color, como vieja armadura, tenía algo de realmente imposable, una especie de grandeza militar y triste.

Por fin un criado se presentó con un manajo de llaves. Le enseñó primero las habitaciones de las reinas, el oratorio del Papa, la galería de Francisco I, la mesita de caoba en que el emperador firmó su abdicación, y en una de las piezas que dividían la antigua galería de los Ciervos, el sitio en que Cristina hizo asesinar á Monaldeschi. Rosanette escuchó aquella historia atentamente, y después, volviéndose á Federico, preguntó:

—Sería sin duda por celos; ten cuidado.

Enseguida atravesaron la sala del Consejo, la sala de Guardias, el salón del Trono, el de Luis XIII. Las altas ventanas, sin cortinas, derramaban una luz blanca; el polvo cubría ligeramente los puños de las fallebas, las patas de cobre de las consolas; fundas de telas gruesas